ELCHE

Por el Marqués de Lozoya
Director General de Bellas Artes

Hubo un tiempo en el cual los misterios de la Religión se explicaban al pueblo en catedrales, iglesias y abadías por medio de dramas litúrgicos; pero el enciclopedismo del siglo XVIII consiguió acabar con tan bellos espectáculos en todas partes menos en un apartado rincón de la península hispánica: en este cementerio de civilizaciones desaparecidas, en este oasis maravilloso que es Elche. Era el espectáculo tan puro, se mantenía tan incontaminado de las procacidades que mancillaron este género de dramas sacros en otros parajes, que no se encontró razón para suprimirlo, y por esto Elche cuenta con el sublime anacronismo de un drama sacro representado en una iglesia en pleno siglo XX. Porque no se trata de una reconstrucción arqueológica como las que se han intentado en otras partes, sino de algo que permanece vivo en su tradición nunca interrumpida. Por esto, un viaje a Elche el 15 de agosto supone no solamente el alejarse de Europa para sumirse en el encanto de un paisaje oriental, sino también el huir de nuestro siglo para sumirse hondamente, plenamente, en el fervor de los siglos medievales. El «Misterio de Elche» es el drama de la añoranza; de la dulce saudade de la Virgen separada de su hijo, que muere de Amor, y que a impulsos del Amor sube al Cielo para ser glorificada como ninguna criatura humana lo ha sido.

Todo esto es espíritu, y fué, lógicamente, destruído por el materialismo comunista en los días angustiosos que precedieron a la gran revolución de 1936. Fué calcinada por el incendio la maravillosa iglesia, construída de manera que la «Festa» tuviera en ella el máximo realce; las llamas acabaron también con el órgano y con la costosísima y complicadísima tramoya. Parecía que el misterio había muerto para siempre. Don Eugenio D'Ors, director general de Bellas Artes, consiguió para la obra restauradora el apoyo oficial. El «Misterio de Elche» es hoy Monumento Nacional. Sin duda el más singular de los Monumentos Nacionales, pues no se concreta en la gallardía de las fábricas ni en la prolijidad de las piedras labradas, sino que está fundamentalmente construído con bellas palabras, bella música y una noble acción dramática. Entre todos es sólo espíritu, y por esto, sin duda, será el más perdurable.

Pero el mérito de haber restablecido en su integridad el misterio se debe al mismo pueblo de Elche. Es el pueblo el que ha realizado el milagro de levantar de nuevo la iglesia, toda la piedra labrada, movido por aquel sentimiento colectivo que hizo antaño posible el que surgiesen los encajes de piedra de las grandes catedrales. Entre las buenas fortunas de Elche hemos de contar el haber encontrado un arquitecto capaz de concebir y de sentir la obra con el fervor de sus antepasados del siglo XVIII. Para llevarla a su última perfección, el Estado debe conceder a Elche su máximo apoyo como premio a una actuación que viene a ser, desgraciadamente, un ejemplo casi único en las ciudades de España, de amor y sacrificio por las glorias del pasado.